

LA EUCHARISTÍA ES FUENTE, CUMBRE Y CENTRO DE LA IGLESIA

Mons. Ricardo Blázquez

La Iglesia no es una organización internacional de desarrollo ni una asociación de carácter social y humanitario, ni una fundación cultural provista de una tupida red de centros con la finalidad de mantener vivo el mensaje de Jesús de Nazaret y de despertar en la conciencia de los hombres unas actitudes coherentes con su estilo de vida. Reconociendo la dignidad de este tipo de instituciones, debemos afirmar que la Iglesia es otra cosa.

La Iglesia es comunidad de cristianos y memoria creyente de Jesús; en ella está presente como fuente de esperanza, de salvación, de perdón, de amor, de paz, de vida nueva en la justicia y la libertad. La Iglesia es sacramento de Jesucristo resucitado; y por ello puede ser signo e instrumento de salvación eterna. Sin Jesucristo, origen y cimiento permanente de la Iglesia, quedaría ésta desfundamentada; sin Jesucristo, presente en medio de nosotros, habríamos quedado como casa vacía. La Iglesia puede ser, y de hecho lo es si contemplamos su historia serenamente, con sus luces y sombras, promotora de paz, de educación, de sanidad, de justicia, en una palabra, de humanidad, porque es el ámbito en que se hace posible el encuentro con Jesucristo a través de la fe y del amor; la eficacia humanizadora de la Iglesia procede del Espíritu Santo, que actualiza en sus fieles las actitudes y comportamiento de Jesús. La Iglesia, siendo de orden religioso, impulsa tareas y suscita energías muy importantes para la construcción de la comunidad humana.

Por el lugar que ocupa la Eucaristía en la Iglesia comprendemos mejor su identidad. La presencia de Jesús en la Iglesia alcanza su intensidad suprema en el sacramento de la Eucaristía; la memoria de Jesús muerto y resucitado se actualiza por el Espíritu Santo en la Eucaristía, que es expresión sacramental de la pascua del Señor; la comunión más íntima de cada cristiano con Jesucristo acontece en el banquete de la Eucaristía. Por esto, si no reconocemos que la Eucaristía está en el centro mismo de la Iglesia, desconoceremos realmente qué es la comunidad de los seguidores de Jesús. Evidentemente al punto culminante se accede por unas pendientes, y de la cumbre se desciende por unas laderas; igualmente el centro supone periferias; es decir, la Eucaristía no es la totalidad de la Iglesia, sino su lugar culminante y sin par.

La Eucaristía está en el corazón de la Iglesia; es el centro de gravitación de su vida y misión. La celebración eucarística es el ámbito eclesial donde se condensan por excelencia los misterios cristianos. Aquí se profesa privilegiadamente la fe, aquí la oración manifiesta, alienta y fortalece el alma del cristiano, aquí la vida en el amor se expresa y alimenta, aquí se impulsa el dinamismo evangélico de los discípulos del Señor. La Eucaristía es la dovela clave del edificio de la Iglesia. Sin celebración eucarística no habría Iglesia y la Iglesia jerárquicamente ordenada es en cada lugar la comunidad celebrante¹.

1. LA EUCHARISTÍA EN EL CORAZÓN DE LA IGLESIA

El Concilio Vaticano II ha sido un concilio ecuménico de la Iglesia católica sobre la Iglesia; la pregunta fundamental que por diversos cauces respondió fue planteada por Pablo VI directamente: «Iglesia, ¿qué dices de ti misma?». Pues bien, en momentos decisivos de los documentos conciliares a p a recen unidas Iglesia y Eucaristía iluminándose recíprocamente, ya que sin la Eucaristía no sabemos propiamente qué es la Iglesia y sin la Iglesia desconocemos qué es vitalmente la Eucaristía. En la constitución sobre la Liturgia está contenida «in nuce», anticipada germinalmente, la riquísima enseñanza conciliar sobre la Iglesia. Permítaseme una manifestación personal: La lectura reposada y el estudio detenido de *Sacrosanctum Concilium*, en la Cua resma de 1964, fue para mí una sorpresa tan gozosa y me abrió a un horizonte tan dilatado, que me pareció más tarde la constitución *Lumen gentium* como su coronación y plenitud. Ambas constituciones se complementan mutuamente.

Con diversas expresiones ha señalado el Concilio Vaticano II cuál es el lugar y el sentido, la significación y el alcance de la Eucaristía en la Iglesia. «La liturgia es la *cumbre* a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la *fuentes* de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que todos, hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la Cena del Señor. A su vez, la misma liturgia impulsa a los fieles a que, saciados “con los sacramentos pascales” sean “concordes en la piedad”; ruega a Dios que “conserve en su vida lo que reciben en la fe”; la renovación de la alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía enciende y arrastra a los fieles al apremiante amor de Cristo. Por consiguiente, de la liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros, como de una fuente, la gracia y con la máxima eficacia se obtiene la santificación de los hombres en Cristo y

1. «El misterio de la Iglesia alcanza su mayor densidad en la Eucaristía» (J. BETZ, *La Eucaristía, misterio central*, en *Mysterium Salutis* IV/2, Madrid 1975, 185). Cfr. LEÓN XIII, *Mirae caritatis* (28 de mayo de 1902): En la Eucaristía se contienen «tutte le realtà soprannaturali», cit. por PABLO VI, *Mysterium fidei* (3 de septiembre de 1965), en *Enchiridion Vaticanum* 2, 437.

la glorificación de Dios, a la que tienden todas las demás obras de la Iglesia como a su fin»².

La autocomunicación de Dios por Jesucristo en el Espíritu Santo es la fuente originaria y la meta última que en la Eucaristía, sacramento por excelencia de la comunión con Dios, se hace comida y bebida. El misterio de Dios es como «fuente que mana y corre... en este vivo pan por darnos vida, aunque es de noche» (San Juan de la Cruz). La Eucaristía es un oasis en el desierto, donde reposan y se alimentan los peregrinos en el camino hacia la tierra de promisión, como hizo el profeta Elías (cfr. *1 Re* 19, 1-8).

Con estas palabras enseña el decreto conciliar sobre el ministerio y vida de los presbíteros la significación de la Eucaristía para la Iglesia en cada lugar: «No se construye ninguna comunidad cristiana si no tiene su *ratz* y *quicio* en la celebración de la santísima Eucaristía, por la que debe, consiguientemente, empezar toda la formación en el espíritu de la comunidad. Esta celebración para ser sincera y plena, debe conducir tanto a las diversas obras de caridad y a la ayuda mutua como a la actividad misionera y a las diversas formas de testimonio cristiano»³.

La Eucaristía es fuente y cumbre de la vida y actividades de la Iglesia; a ella tiende la predicación de la Palabra de Dios y en ella culmina el catecumenado. De ella reciben vitalidad, aliento y acicate las obras de caridad, el trabajo por la solidaridad, la justicia y la paz en el mundo; en el manantial de la Eucaristía se abre va incesantemente el impulso evangelizador. Así como sin la Eucaristía todo queda desnortado y enflaquecido, ella aislada pierde contexto vital y ámbito de autenticación. La Eucaristía, consiguientemente, sería desfigurada, si fuera convertida en un «ab-soluto» en el sentido literal de la palabra, a saber, desvinculándola de la vida precedente y subsiguiente de la Iglesia.

Pablo VI, en la encíclica *Mysterium fidei*, en sintonía con el Vaticano II escribió: «Si la liturgia ocupa el primer puesto en la vida de la Iglesia, el misterio eucarístico es como el *corazón* y el centro de la sagrada liturgia, de modo que vivamos no ya para nosotros, sino para Dios, y entre nosotros mismos nos unamos con el lazo estrechísimo del amor»⁴.

2. *Sacrosanctum Concilium*, 10. Cfr. *Presbyterorum ordinis*, 5: «La Eucaristía aparece como la fuente y la cumbre de toda evangelización». Cfr. *Lumen gentium*, 11. *Christus Dominus*, 30: «Que la celebración eucarística sea el *centro* y la cumbre de toda la comunidad cristiana». *Perfectae caritatis*, 6. *Ad gentes* 9. *Unitatis redintegratio*, 15: «La celebración eucarística (es) fuente de la vida de la Iglesia y *prenda* de la futura gloria».

3. *Presbyterorum ordinis*, 6. Cfr. 14: La Eucaristía es fuente de la caridad pastoral. «El ministerio sacerdotal alcanza su cumbre en la celebración de la Eucaristía, que es la fuente y el centro de la unidad de la Iglesia» (Documento *Ultimis temporibus* sobre el sacerdocio ministerial, del Sínodo de los Obispos de 1971, 4 en *Enchiridion Vaticanum* 4, 767. «Los sacerdotes ejercen el ministerio en el corazón de la comunión de toda la Iglesia» (Conclusión, 799).

4. *Enchiridion Vaticanum* 2, 431. Pocos días más tarde de la publicación de la encíclica, el 15 de septiembre, dijo en la audiencia general: «La Eucaristía es el centro del culto católico, y la vida

Podemos resumir la doctrina conciliar sobre la relación entre la Iglesia y la Eucaristía con las siguientes palabras: «La raíz y el centro de la comunidad cristiana, la fuente de la que ella nace y el culmen a que ella tiende es la celebración de la sagrada Eucaristía»⁵. La Eucaristía es fuente y cumbre, raíz y quicio, centro y corazón, compendio y suma de nuestra fe, don del Señor y bendición agradecida de la Iglesia, base de su existencia y anticipación sacramental de la liturgia celeste, memorial de la muerte y resurrección de Jesucristo y prenda de la gloria futura... H. de Lubac acuñó la famosa y acertada fórmula: «La Iglesia hace la Eucaristía» y la «Eucaristía hace la Iglesia».

2. LA CENA DEL SEÑOR COMPARTIDA Y CELEBRADA

¿Podemos, subiendo aguas arriba en la tradición cristiana, corroborar el lugar central de la Cena del Señor en la Iglesia primitiva y de la última Cena de Jesús en su existencia entregada al Padre como mediación salvífica a favor de la humanidad? Confiamos que es, efectivamente, posible.

Sorprende, al leer detenidamente las cartas de san Pablo, las motivaciones sublimes que aduce para exhortar moralmente a los cristianos o para corregir su comportamiento. Cuando invita a los cristianos de Corinto a ser generosos con los «santos» de Jerusalén, aporta la razón siguiente: «Pues conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros a fin de enriqueceros con su pobreza» (2 Cor 8, 9). A los fieles de Filipos, en la exhortación apremiante a estar unidos sin ceder al egoísmo y al

religiosa encuentra en ella su momento de *plenitud* y de *más alta expresión* y, lo que más cuenta, es la cumbre de la economía sacramental; pues, si todos los sacramentos nos dan la gracia y nos unen a Cristo, la Eucaristía nos pone en comunión con Cristo mismo presente en ella; con Él, autor de los sacramentos y fuente de la gracia, podemos por tanto decir que la Eucaristía es centro, *base* y cumbre de la vida espiritual del fiel cristiano (S. Th. III, q. 65, 3; q. 73, 2). «Es en la Eucaristía donde la esencia misteriosa de la Iglesia encuentra una *expresión perfecta*, y correlativamente, es en la Iglesia, en su unidad católica, donde florece en frutos efectivos la significación oculta de la Eucaristía... Si la Iglesia es de esta suerte la “plenitud” de Cristo, Cristo en su Eucaristía es con toda verdad el *corazón* de la Iglesia». (H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Bilbao 1964, 143). Cfr. COMITÉ PARA EL JUBILEO DEL AÑO 2000, *Eucaristía, sacramento de vida nueva*, Madrid 1999, 17-40. *Ordenación General del Misal Romano*, cap. I, n. 1. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1327: «La Eucaristía es el *compendio* y la *suma* de nuestra fe».

5. J.M. SÁNCHEZ CARO, *La Eucaristía, fuente y culmen de la vida cristiana*, en *Todo honor y toda gloria* (Comisión Episcopal de Liturgia), Madrid 2000, 22. Cfr. M. FIGURA, *Kirche und Eucharistie im Licht des Geheimnisses des dreifaltigen Gottes*, en «Inter. Kath. Zeitsch. Communio» 29 (2000) 100-119. COMISIÓN MIXTA INTERNACIONAL DE DIÁLOGO TEOLÓGICO ENTRE LA IGLESIA CATÓLICA ROMANA Y LA IGLESIA ORTODOKA, *El misterio de la Iglesia y de la Eucaristía a la luz del misterio de la Santa Trinidad* (1982) I, 4, c: «La Eucaristía es en verdad el sacramento de la Iglesia como sacramento del don total que el mismo Señor hace a los suyos y como manifestación y crecimiento del Cuerpo de Cristo, la Iglesia». G. GRESHAKE, *El Dios uno y trino. Una teología de la Trinidad*, Barcelona 2001, 447.ss.

orgullo, fermentos de división, presenta el recorrido de Jesucristo, «el cual, siendo de condición divina, no codició el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo» (*Fil*2, 6-7). Para fortalecer a los maridos en el amor a sus esposas se remonta a Cristo, que «amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella» (*Ef*5, 25). A los cristianos adultos en el conocimiento pide que con su proceder no escandalicen al hermano débil «por quien murió Cristo» (cfr. *Rm* 14, 15; *1 Cor* 8, 11). ¿Cómo los cristianos, cuyos cuerpos son realmente miembros de Cristo, van a unirse a los miembros de una prostituta? (cfr. *1 Cor* 6, 15; cfr. *1 Cor* 5, 7). El indicativo de la acción de Dios por Cristo en la vida de los cristianos posibilita, urge y ofrece la medida del imperativo de la conducta moral (cfr. *Rm* 6, 1ss.).

Esta característica de la moral paulina contrasta con las motivaciones que frecuentemente aducimos nosotros: unas veces tienen resabios de pelagianismo, otras hacen recurso sin más a los derechos humanos, otras son deudoras de las sensibilidades predominantes en la sociedad, etc. Sin que necesariamente deban oponerse las diferentes motivaciones, es claro que la moral cristiana sólo alcanza su especificidad en la comunión con Jesucristo por el Espíritu y en el despliegue de este misterio en la vida cotidiana.

Conectemos lo dicho con la reorientación que Pablo introduce en las asambleas de la comunidad de Corinto. «La reunión fraternal para celebrar la cena del Señor y para profundizar en el conocimiento del mensaje evangélico era un momento clave en la primitiva comunidad cristiana»⁶. Por varias razones fueron perdiendo las asambleas cristianas el genuino sentido evangélico: había divisiones (cfr. *1 Cor* 1, 10; 11, 18; 12, 25), mientras unos pasaban hambre otros se embriagaban (cfr. *1 Cor* 11, 21), al dinero se unía la autosuficiencia y el menosprecio de los pobres (cfr. v. 21), etc. La Cena del Señor, en lugar de ser llamada y sello de la unidad en un mismo cuerpo (cfr. *1 Cor* 10, 16-17), se había convertido en ocasión y causa de rivalidades.

Pablo, ante esta situación de la comunidad cristiana, actúa como ministro autorizado de la tradición evangélica que se remonta hasta el Señor (cfr. *1 Cor* 11, 23; y a propósito de la resurrección cfr. 15, 1ss.). Contra el proceder insolidario de los fieles de Corinto recuerda la institución de la Eucaristía, cuyo puesto central en la Iglesia nadie discutía. Este relato paulino (*1 Cor* 11, 23-25) de la institución es el más antiguo. Jesús mandó a sus discípulos que hicieran en conmemoración suya lo que terminaban de realizar con Él; de esta forma el acontecimiento singular e impresionante que precedió a la entrega de Jesús por Judas a la muerte se convirtió en virtud de su encargo en institución de cara al futuro. La última Cena de Jesús en el cenáculo con sus amigos inaugura la serie incontable de celebraciones como memorial suyo a lo largo de la historia de la Iglesia. Con fe y agradecimiento acogemos el mandato de Jesús

6. M. SALVADOR GARCÍA, *Primera carta a los Corintios*, en *Comentario al Nuevo Testamento*, Madrid³1997, 468.

y nos reunimos en su nombre para actualizar sacramentalmente su sacrificio y su sacerdocio. El memorial es herencia de Jesús y actuación obediente por nuestra parte; la Eucaristía no es creación nuestra, ya que celebramos lo que hemos recibido y transmitimos lo encomendado por el mismo Señor.

«Nadie como san Pablo, entre los autores del Nuevo Testamento, ha puesto tan de relieve el papel que en la vida de la Iglesia juega la Eucaristía. En la Eucaristía ve la más fuerte exigencia de vivencia fraternal, de comunión eclesial»⁷. Comer el Cuerpo entregado del Señor entre humillaciones de unos y orgullo de otros es grave incoherencia; este proceder no puede ser alabado, merece ser denunciado y debe ser corregido. Si la comunión del Cuerpo del Señor no une moralmente a los comulgantes y no hermana a los comensales, haciéndolos «cuerpo» y superando las banderías, es desconsiderar el Cuerpo del Señor (cfr. *1 Cor* 11, 27-29). La Cena del Señor tiene que ser una mesa en la que nadie sea discriminado, en la que, siguiendo las comidas de Jesús, puedan sentarse los pequeños, los sencillos, los marginados y los pecadores vueltos a Dios. Cuando participan los últimos, participan ya todos. La Eucaristía es fuente de santidad y de misericordia, de fraternidad y de paz; debe abatir los muros que de diferentes formas levanta el odio.

¿Podemos ascender de la Cena sacramental del Señor celebrada en Corinto a la última Cena de Jesús con sus discípulos en el umbral de la muerte? Digamos concisa y densamente: La Cena de despedida de Jesús es recapitulación de su existencia entregada, anticipación simbólica de su muerte, mediación de salvación y alianza eterna, garantía de la comunión entre Él y sus discípulos en el Reino de Dios. En efecto, la última Cena es centro de convergencia y nudo de comunicaciones. De aquí arranca la inagotable riqueza de la Eucaristía. «Jesús celebra la última cena y la instituye como testamento en el cual Él comprendía todo su ser y su obrar mesiánicos, los condensa en un don visible, incluso comestible, y los deja en herencia como sacramento. Así, la Cena del Señor no sólo ha de explicarse por el conjunto de la vida de Jesús, sino que *es* esta totalidad condensada en un símbolo»⁸.

7. *Ibid.*, 470. Recordemos este bello texto de Teodoro de Mopsuestia: En la epiclesis de comunión «el pontífice pide también que venga la gracia del Espíritu Santo sobre toda la asamblea», para que, así como por el nuevo nacimiento fueron constituidos en un solo cuerpo, sean también ahora consolidados como en un solo cuerpo por la comunión en el cuerpo de nuestro Señor y para que, en la concordia, la paz y la aplicación a las buenas obras, formen una sola cosa, a fin de que todos nosotros, con el corazón puro y orientado hacia Dios, no recibamos la participación del Espíritu Santo para castigo nuestro, divididos en nuestras maneras de ver y dados a disputas, envidias y celos» (cit. por I. OÑATIBIA, *Teodoro de Mopsuestia, mistagogo de la comunión eucarística*, en «Phase» 244 [2001] 302ss.).

8. J. BETZ, *Eucaristía*, en *Sacramentum mundi* 2, Cols. 954ss. *Ibid.* Col. 951: «Eucaristía es el nombre con que ya desde el siglo I se designa el sacramento de la cena del Señor, celebrada según el ejemplo y las instrucciones de Jesús. El término mismo expresa aspectos esenciales de la Eucaristía. Enlaza con la «acción de gracias» de Jesús en la última cena (*Lc* 22, 19; *1 Cor* 11, 24; *Mc* 14, 23; *Mt* 26, 27), y como traducción del concepto hebreo *berakah*, significa la alabanza de Dios re-

En la Eucaristía recibimos la bendición de Dios por excelencia que es Jesucristo (cfr. *Ef* 1, 3ss.); aprendemos de esta forma a bendecir a Dios en nuestra vida, nosotros que hemos sido llamados a heredar la bendición (cfr. *1 Ped* 3, 9).

Por tres raíces arraiga la Eucaristía de la Iglesia en la persona y la misión de Jesús, a saber, las comidas durante su vida apostólica, la última en la víspera de su muerte y las comidas como Resucitado con sus discípulos (*Act* 1, 4; 10, 41; *Lc* 24, 30ss.; 24, 36-49; *Mc* 16, 14; *Jn* 20, 19-23.24-29; 21, 9ss.). Sin la experiencia pascual no se habría conectado con las comidas del Jesús histórico. La referencia fundamental de la celebración eucarística es ciertamente la cena de despedida con los gestos allí realizados y con las palabras que los acompañaron⁹.

La última cena anticipa profética y simbólicamente la muerte de Jesús en el pan compartido y en el cáliz distribuido entre los comensales. La nueva alianza de Dios con los hombres (cfr. *Jer* 31, 31) y la muerte expiatoria de Jesús por nosotros (cfr. *Is* 52, 13-53, 12) son el don salvífico presente en su cuerpo entregado y en su sangre derramada. En la inminencia de su muerte Jesús ofrece por última vez el Reino de Dios, que había actuado ya en su vida anterior. La muerte de Jesús queda integrada en la oferta salvífica de Dios, cuyo ministro y presencia había sido Él anteriormente. Por esto, la muerte de Jesús no es únicamente la culminación heroica de su conducta profética y el

cordando sus grandes acciones. La palabra griega... significa literalmente el "buen comportamiento del agraciado"; y por cierto, no sólo... el sentimiento de gratitud, sino también su manifestación externa. La gratitud presupone siempre la concesión de un don... En el caso del sacramento eclesial de la cena el don consiste en la realidad salvífica instituida por Jesús, la cual es Cristo mismo con su ser y su obra. Esa realidad es reconocida con palabras de gratitud en una oración de mesa, es invocada para que penetre en los manjares, y así se hace objetivamente presente en ellos y alcanza su eficacia en la palabra y los dones de la cena. Por ello, ya muy pronto la oración y luego los dones consagrados a través de ella reciben el nombre de Eucaristía». Esta síntesis de las irisaciones de la palabra Eucaristía es sin duda excelente, resultado de un forcejeo intenso y prolongado de un buen teólogo con el misterio eucarístico. Cfr. ID. *Eucharistiæ* en LTK 3, col. 1142.

9. Cfr. H. SCHÜRMAN, *¿Cómo entendió y vivió Jesús su muerte?*, Salamanca 1982, 73ss. J. BETZ, *La Eucaristía, misterio central, o. c.*, 191ss. M. GESTEIRA, *La Eucaristía, misterio de comunión*, Madrid 1983, 41ss. R. BLÁZQUEZ, *Jesús, el Evangelio de Dios*, Madrid 1985, 251ss. Ap a recerá en breve una nueva edición. «La Eucaristía es la recolección (analepsis) de toda la vida de Jesús hasta el momento en que, siendo traicionado por los hombres, él se entrega por ellos, a la vez que anticipación (prolepsis) de su muerte en cruz vivida como entrega y súplica para la vida del mundo (*Jn* 6, 48). Es el quicio en torno al cual giran la historia de Jesús, que queda recogida como fuente de vida para los que se unan a él, y la historia de la Iglesia, resultado de la santidad y perfección que Cristo logra ofreciéndose en la cruz por todos nosotros. La historia de Cristo desemboca así en la Eucaristía y de ella surge la Iglesia» (O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El obispo en la Iglesia*, Madrid 2002, 134). Cfr. R. AGUIRRE, *La mesa compartida*, Santander 1994, 121ss. ID. *Raíces bíblicas de la fe cristiana*, Madrid 1997, 117-158. X. BASURTO, *Compartir el pan. De la misa a la eucaristía*, San Sebastián 1987, 55-110. J.L. ESPINEL, *La eucaristía del Nuevo Testamento*, Salamanca 1980, 15-115. D. BOROBIO, *Cultura, fe, sacramento*, Barcelona 2002, 147-170; en la Eucaristía «se centra y concentra la totalidad de la vida cristiana» (148).

signo supremo de la fidelidad al Padre, sino también mediación de salvación y emergencia de gracia; entregando la vida cumple el supremo servicio. Jesús es como el pan que se parte, se reparte y se comparte para dar vida y formar familia. El Reino de Dios viene a pesar de la catástrofe de la muerte, y a Jesús le aguarda un banquete nuevo en el Reino venidero, al cual invita Él mismo a sus discípulos. En el pan sobre el que da gracias a Dios y en el «cáliz de bendición» (cfr. *Lc* 22, 19-20. Cfr. *1 Cor* 10, 16) adjudica Jesús a los suyos la salvación. Los dones, sobre los cuales Jesús pronuncia la acción de gracias, están colmados del fruto de su muerte.

En la cena y en la cruz culmina la vida y la misión de Jesús; el cáliz desborda una existencia servicial, y el pan ácimo es el pan de la Pascua del Señor que lleva a cumplimiento el pan de las fatigas y de la prisa de la pascua de Israel (cfr. *Ex* 12, 1ss., *Deut* 6, 20-25)¹⁰. Cuando era entregado por Judas (circunstancia anotada en el elenco de los doce, en los relatos de la pasión y en la narración de la Eucaristía), Jesús se entrega consciente y libremente, como un cordero paciente y pacífico (cfr. *1 Ped* 2, 21-25). La muerte de Jesús no es el fracaso del proyecto de Dios, sino su realización por caminos insospechados. Jesús, que había anunciado el Reino de Dios y que haciéndolos partícipes de su gracia había comido con los pecadores, pasa ahora a la mesa definitiva del Reino, abriendo con su muerte y su resurrección el camino de la salvación y de esperanza que no defrauda a la humanidad. En la cena manifiesta Jesús su amor a los suyos hasta el final y hasta el borde; les comunica confiadamente su intimidad, les manifiesta el amor del Padre y, de cara al futuro, les asegura su protección a través de otro Defensor, el Espíritu Santo. Las comidas pascuales, por su parte, se desarrollan en un ambiente de gozoso reconocimiento y de misión; la alegría escatológica es ya degustada. Todas estas perspectivas iluminan la celebración eucarística, que ha puesto el Señor en el seno fecundo de la Iglesia.

3. DINAMISMO DE LA PRESENCIA DEL SEÑOR

La Eucaristía es el *sacramento de la pascua de Jesús*, es decir, de su paso de este mundo al Padre, y de la reiterada pascua temporal al cumplimiento consumado en el Reino de Dios (cfr. *Lc* 22, 14ss.; *Jn* 13, 1); por eso, aclama la asamblea después del relato de la consagración: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!». En la Eucaristía hacemos pascua con Jesucristo, que es nuestra Pascua y Cordero pascual (cfr. *1 Cor* 5, 7;

10. Cfr. E.D. GOLDSCHMIDT, *The Passover Haggadah: Its Sources and History*, Jerusalén 1960, 115-144; cfr. cómo en el ritual se explica el sentido del cordero pascual, del pan ácimo y de las hierbas amargas. L. LIGIER, *Textus selecti de magna oratione eucharistica addita Haggadah Paschae et nonnullis Judaeorum benedictionibus*, Roma ²1965, 117-119. J. ALDÁZBAL, *La Eucaristía*, Barcelona 1999, 32-48. *Sagrada Biblia. Epístolas de San Pablo a los Corintios VII*, Pamplona 1984,

1 *Ped* 1, 19; *Apoc* 5, 6). Unidos a Jesús muerto y resucitado, pasamos de la muerte a la vida, del pecado a la santidad, del temor a la confianza, de la esclavitud a la libertad, del egoísmo al amor, de la división a la concordia, del desaliento a la esperanza, de la tristeza al gozo, de la inquietud a la serenidad y de la existencia reservada para sí a la vida disponible para Dios y el prójimo. La Eucaristía es una acción escatológica que nos arrastra y nos saca del fermento corruptor de la malicia a los panes ácidos de la bondad transparente (cfr. *1 Cor* 5, 8; *1 Ped* 2, 1-2). Si el antiguo pueblo de Israel celebraba la liberación de Egipto, el nuevo pueblo de Dios celebra la liberación del pecado y de la muerte realizada por Jesucristo muerto y resucitado; en la mesa del Señor avistamos ya los dones del Reino de Dios.

La Eucaristía es el *sacramento de la Cena del Señor*, en que Jesús partiendo el pan («*fracción del pan*») se da a conocer a sus comensales (cfr. *Lc* 24, 30.35; *Act* 2, 42; *1 Cor* 10, 16; 11, 24; *Lc* 22, 19 y paralelos), re a v i v a n d o su fe y alegrando su corazón. La Eucaristía es el *sacramento del sacrificio de Jesús*; en la cruz se consume su existencia entregada al Pa d re por la salvación de los hombres, que proféticamente había anticipado en la cena de despedida con sus discípulos. La cruz es el sello de la fidelidad incondicional de Jesús al Pa d re. La Eucaristía es el *sacramento de la unidad de la Iglesia*, en que los participantes se convierten en aquello que reciben, a saber, comulgando el Cuerpo del Señor devienen Cuerpo del Señor; se unen en íntima unidad con Cristo y entre ellos; en torno a la mesa de la Eucaristía afianza la Iglesia su unidad y catolicidad en el espacio y en el tiempo. La Eucaristía es el *sacramento de la renovación de la creación* y de la solidaridad entre los hombres; en la celebración eucarística los bienes de este mundo, las realidades temporales, «los frutos de la tierra y del trabajo del hombre —el pan y el vino— son transformados misteriosa, aunque real y sustancialmente, por obra del Espíritu Santo y de las palabras del ministro, en el cuerpo y sangre del Señor Jesucristo, Hijo de Dios e Hijo de María, por el cual el Reino del Padre se ha hecho presente en medio del mundo»¹¹. La Eucaristía es el *sacramento por excelencia de la presencia de Jesucristo en su Iglesia*; hay coherencia interna entre el misterio de la encarnación y el de la Eucaristía¹².

180.

11. *Sollicitudo rei socialis*, 48. Podemos decir con P. Teilhard de Chardin que la misa es ofrecida de alguna forma en el altar del mundo. ¿No es fermento de globalización en la solidaridad el que la Eucaristía pueda ser celebrada en todos los rincones del mundo? «Ya que una vez más, Señor, ahora ya no en los bosques del Aisne, sino en las estepas de Asia, no tengo ni pan, ni vino, ni altar, me elevaré por encima de los símbolos hasta la pura majestad de lo real, y te ofreceré yo que soy tu sacerdote, sobre el altar de la tierra entera, el trabajo y el dolor del mundo» (P. TEILHARD DE CHARDIN, *Himno del universo* (del capítulo titulado «Misa sobre el mundo»), Madrid 1966, 27. Cfr. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, Salamanca 1997, 503-504. Cfr. A. PÉREZ DE LABORDA, *La filosofía de Pierre Teilhard de Chardin*, Madrid 2001, 161, 338ss. 372ss. 460. H. DE LUBAC, *Memoria en torno a mis escritos*, Madrid 2000, 279-290, 299-316.

12. Ponderando San Juan de Avila la «alteza del oficio sacerdotal» para encarecer a los sacerdotes sobre la santidad que Dios les pide, compara el alumbramiento de la Virgen María en Belén

Dios está cerca y con tal proximidad que ha superado todas las expectativas humanas.

La presencia eucarística del Señor entra dentro de su promesa: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt* 28, 20. Cfr. *Jn* 14, 18-21). Jesús no se ha alejado visiblemente para desentenderse de nosotros. Su presencia realmente otorgada por Él, no solo añorada por nosotros, es múltiple; el situar la presencia eucarística en esta constelación de venidas del Señor nos ayuda a comprender también por este camino cómo la Eucaristía es fuente y cumbre en la vida de la Iglesia. A través de ella se establece un dinamismo de la fe y fidelidad de los cristianos.

Recordemos la enseñanza del Concilio Vaticano II: «Cristo está siempre presente en su Iglesia, principalmente en las acciones litúrgicas. Está presente en el sacrificio de la misa, sea en la persona del ministro, “ofreciéndose ahora por el ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz”, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su virtud en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo mismo quien bautiza. Está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente finalmente, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (*Mt* 18, 20)»¹³.

Pablo VI en la encíclica *Mysterium fidei*, después de felicitarse por la «bellísima verdad» expuesta en la constitución sobre la liturgia del Vaticano II, explicita otras formas de presencia. Con palabras de san Agustín: Cristo ora por nosotros como nuestro Sacerdote, ora en nosotros como nuestra Cabeza y es invitado por nosotros como nuestro Dios. Cristo está presente cuando es socorrido en los necesitados (cfr. *Mt* 25, 40); habita en nuestros corazones por la fe y el amor difundido por el Espíritu Santo (cfr. *Ef* 3, 17; *Rom* 5, 5); acompaña a los que envía para apacentar con su autoridad el rebaño confiado¹⁴. Todas las formas de presencia son reales, es decir, no son fingidas ni proyectadas por el deseo de la cercanía del Señor; la presencia eucarística es real por antonomasia, a saber, corporal y sustancial.

con la consagración eucarística operada por las palabras del sacerdote. «La bendita Virgen María dio al Verbo de Dios el ser hombre, engendrándole de su purísima sangre, siendo hecha verdadera y natural Madre de Él; y en esto ninguna le fue igual, ni es ni será. Mas tiene semejanza con esto el ser sacramental que el sacerdote da a Dios humanado por una tal manera que primero no lo tenía. Y por esto no se llama al sacerdote padre ni madre del Hijo de Dios, mas ministro de un nuevo ser de que antes el Señor carecía. Mas esta ventaja lleva el sacerdote a la Virgen sagrada: que ella una vez sola le dio ser humano, y él cada día y cuantas veces quisiere haciendo lo que debe para bien consagrar» (*Tratado sobre el sacerdocio*, en *Obras completas* I, Madrid 2000, 908). Cfr. J. DEL RÍO MARTÍN, *Santidad y pecado en la Iglesia. Hacia una Ecclesiólogía de San Juan de Avila*, Córdoba 1986, 70ss. 156ss. 200ss. Sobre «la Eucaristía, culmen y centro de la santificación», cfr. 176ss.

13. *Sacrosanctum Concilium*, 7.

Las diferentes maneras de presencia convergen en que el Reino de Dios está en medio de nosotros, que Jesucristo resucitado nos acompaña, que la salvación actúa en los hombres abiertos al Espíritu Santo. La presencia del Señor es dinámica; unas formas preparan a los fieles a recibirlo en otras, de modo que la forma culminante de presencia de Jesús en la Iglesia, que es la eucarística, tiene un recorrido precedente y una prolongación posterior. En el dinamismo de la hospitalidad de nuestro Señor por los creyentes, podemos preguntarnos: Si cuando se proclama su Palabra endurecemos el corazón, ¿no rechazamos ya su presencia? Si cuando un necesitado tiende hacia nosotros su mano, le cerramos las entrañas, ¿no estamos rechazando su presencia? La presencia eucarística tiene su entorno, su contexto vital, su acreditación en la vida de los cristianos. El mismo que dijo: «Esto es mi cuerpo» (*Mt* 26, 26), y aceptamos su palabra; es quien ha dicho también: «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (*Mt* 25, 40). Es incongruencia grave reverenciarlo en el templo y despreciarlo en los pobres. En la celebración eucarística debe incorporar cada cristiano participante su existencia consagrada a Dios, dedicada al Evangelio, servicial de los necesitados, trabajadora por un mundo nuevo, animadora de la esperanza, etc.

Están particularmente conectadas la presencia del Señor en la Palabra y en la Eucaristía. La condescendencia de Dios se ha manifestado en la Palabra que nos ha dirigido como a amigos, en la encarnación del Verbo en el seno virginal de María, en la entrega de su Hijo desde el pesebre hasta la cruz y en la Eucaristía como alimento para el camino. Los cristianos estamos invitados a sentarnos a la mesa de la Palabra y a la mesa del Cuerpo de Cristo. El ambón, lugar de la proclamación de la Palabra, y el altar, lugar de la presencia sacramental del Señor, constituyen el fulcro de la celebración eucarística. Ambas mesas están internamente comunicadas: El caminante misterioso, que salió al encuentro de los discípulos de Emaús, les explicó las Escrituras y partió para ellos el pan (cfr. *Lc* 24, 13ss.); por otra parte, al abrigo de la presencia eucarística, la Palabra de Dios posee una penetración singular (Bto. Manuel González). El Evangelio, que es Jesús en persona, se hace sabiduría en la Palabra, anuncio en la celebración (cfr. *1 Cor* 11, 26) y carne en la mesa eucarística¹⁵.

14. Cfr. *Enchiridion Vaticanum* 2, 449-451. Cfr. J. ALDABAL, *o. c.*, 301ss.

15. *Dei Verbum* 21: «La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues sobre todo en la sagrada liturgia nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida tanto de la mesa de la Palabra de Dios como de la (mesa) del Cuerpo de Cristo». El capítulo 6 del Evangelio de San Juan contiene probablemente dos discursos estrechamente unidos: uno sobre el pan de vida (6, 22-50) y otro sobre el pan eucarístico (6, 51-59) (cfr. F. FERNÁNDEZ RAMOS: *Evangelio según san Juan*, en *Comentario al Nuevo Testamento, o. c.*, 288-290). K. RAHNER, *Palabra y Eucaristía*, en *Escritos de Teología* IV, Madrid 1964, 364: «La palabra eficaz de la Misa como anuncio de la muerte de Cristo es el protokerigma». ID. *Eucaristía y vida diaria*, en *Escritos de Teología* VII, Madrid 1969, 226-242. M. GESTEIRA, *La Eucaristía, misterio de comunión, o. c.*, 253ss. Si con el sacramento eucarístico, que nos introduce en la pascua de Jesús y en su victoria sobre la muerte, somos fortalecidos en las pruebas; también podemos con «la

En la historia de la Iglesia ha existido una concomitancia especial entre presencia eucarística y presencia en los necesitados. La adoración y acatamiento de Jesucristo en el sagrario, la permeabilidad acogedora de su presencia, el trato confiado con Él, la intimidad amigable y personal, la oración prolongada... afinan la mirada del corazón para verlo en los pobres, para servirlo en los enfermos, para reconocerlo en los rostros desfigurados de sus hermanos. De esta concomitancia evangélica son testigos eminentes las Religiosas Clarisas, las Reparadoras, las Religiosas de la Asunción, los Hermanitos/as de Jesús, las Misioneras de la Caridad, etc. La compañía de Jesús, cultivada amorosamente, ensancha el corazón y lo inclina a atender a los drogodependientes, a escuchar y cuidar a los ancianos, a visitar a los presos, en una palabra, a abrir los oídos al clamor de los pobres.

Es obvio que los modos de presencia más escondidos se muestran con las formas más visibles; de una manera u otra todas las presencias remiten al signo acreditativo del amor y de la unidad fundada en el amor. Para ver a Jesucristo en los pobres se necesita fe, para creerlo presente en el tabernáculo se necesita fe, para reconocerlo representado en el sacerdote se necesita fe... Si nos amamos como Él nos amó, mostramos la fuerza regeneradora de su presencia. Donde hay calor es señal de que existe el fuego; donde se ejercita la compasión es señal de que las entrañas han sido renovadas por la misericordia.

La Eucaristía es fuente y cumbre de la vida de la Iglesia; es su centro y corazón; el seno fecundo de su vitalidad y la realización más intensa de su misterio. En la Eucaristía convergen las realidades fundamentales de la fe en su dinamismo salvífico. Por esto, la naturaleza de la Iglesia no es percibida adecuadamente olvidando o relegando a un lugar secundario la Eucaristía. Sin celebración eucarística no existiría la Iglesia en su identidad originaria, es decir, como Jesús la quiso en su predicación y en sus obras, en su muerte y glorificación.

¿El que los fieles cristianos aprecien la celebración eucarística como la acción principal de la Iglesia no refleja un instinto cierto y del puesto incomparable y señero que le corresponde? ¿No es una convicción atinada el que, por encima de otros encuentros y acciones, aparezca la Eucaristía como el ámbito más respetable, donde el misterio de Dios se hace más denso y sagrado? ¿No merece ser observado con atención el que la participación en la Eucaristía dominical sea el signo más socorrido para medir la pertenencia a la Iglesia? Confiamos que las consideraciones precedentes hayan mostrado la trascendencia de la Eucaristía para la vida de cada cristiano y para la realización de la Iglesia.